

EL IMPARCIAL es el periódico de ma-
y r circulación de España.

TRADA DE EL IMPARCIAL DE AYER 46.370.

Anuncios, comunicados y remitidos, á precios
convencionales.

Número suelto, 5 CENTIMOS.

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

SUSCRICION.

Madrid, CUA (10 reales).—Provincias, VEINTI-
CUATRO trimestre.—CUARENTA semestre.—Ex-
tranjero, CUARENTA trimestre.—Estados-Unidos
de América, Cuba y Puerto-Rico, SESENTA re-
ales trimestre.—Los demás Estados y posesiones de
América y Asia, OCHENTA reales trimestre.
Toda la correspondencia debe dirigirse al Ad-
ministrador de EL IMPARCIAL.

DON RAMON MANDLY.

Plaza de Matute, núm. 5, Madrid.

EL CRIMEN DE LA PRADERA.

Otro bárbaro atentado tenemos hoy que registrar en la crónica de los sucesos criminales que vienen sucediéndose en esta corte con demasiada frecuencia.

Desde hace tiempo vivía en la calle de Santiago, número 24, portera, una hermosa joven, natural de Madrid, llamada Manuela Zardain Perez, de veinticinco años de edad, en compañía de una hermana suya, portera de la indicada casa.

Esta última conocía bastante á una familia de Villaroya de la Sierra (Zaragoza), de la cual formaba parte un joven de diez y nueve años, llamado Ginés Aranda y Aranda, que se preparaba en Madrid para ingresar en el cuerpo de telegrafistas. Este joven habitaba en la calle de la Paz, núm. 8, cuarto segundo.

Como quiera que Ginés frecuentase la casa de la indicada portera, en una de sus visitas vió á Manuela Zardain, y, prendado de su belleza, concibió el propósito de tener relaciones amorosas con ella.

Las cosas se arreglaron como él esperaba, y poco tiempo después, no solamente eran novios, sino que ya tenían una niña.

Transcurrieron días y meses y todo marchaba con la debida regularidad, sin que en nada disminuyese el cariño que ambos amantes se profesaban; pero como Manuela quería legitimar los lazos que ya les unían, así se lo comunicó al joven.

Este acogió con reserva las palabras de su amada, y poco á poco fue mostrando un extraño desvío que no pasó desapercibido para la muchacha, quien refirió á su hermana lo que la sucedía.

—Yo lo arreglaré, dijo ésta para tranquilizarla.

Y acto continuo escribió una carta á los padres de Ginés dándole cuenta de todo lo ocurrido entre su hermana y aquel.

En vista de esta carta, la familia escribió á su vez al joven, diciéndole que era justo reparar el mal causado para dejar á salvo el honor de la muchacha.

Desde aquel momento, Ginés concibió el proyecto de vengar en su querida el disgusto que le causara la represión y el mandato paterno, y comenzó á buscar un medio que le librara de la presencia de aquella mujer, por lo que en vez de amor sólo sentía una invencible repugnancia.

La joven no había notado en un principio la frialdad con que su amante la trataba, y continuaba dándole pruebas del cariño con que le distinguía.

Tenía la esperanza de que, al ver que la niña contaba ya cerca de dos años, Ginés la daría su nombre y acabaría terminando así aquella situación insostenible.

En este estado las cosas, llegó el día de ayer. Por la mañana se presentó el joven en la casa habitada por la Manuela, y al decirle la hermana que ésta se encontraba ausente en aquel momento, Aranda la significó el deseo de ir con su novia por la tarde á la Pradera de San Isidro con objeto de merendar juntos. Además dejó una tarjeta, en la cual daba cuenta á Manuela de lo que había pensado, y se retiró, al parecer, tranquilamente.

Manuela llegó á poco tiempo, y al recibir el recado de su amante comenzó á preparar la merienda y á disponerse para salir á paseo.

Como eran ya las cinco y media y Ginés no iba, la joven supuso que ya no saldrían; pero á las seis en punto se presentó Ginés, y con la mayor tranquilidad disipó su tardanza y ayudó á su novia á coger lo necesario para la merienda proyectada.

Ella le hizo observar lo avanzado de la hora y lo inconveniente de un paseo tan largo; mas como el joven insistiese, cogió á la niña, que en la actualidad tiene 22 meses, y todos juntos tomaron el camino de San Isidro, pasando por la Plaza de Oriente.

En aquel momento dieron las seis y media.

—Sabes que estoy por volver á casa, dijo ella?

—Por qué replicó Aranda.

—Son las seis y media y llegaremos de noche á la Pradera.

—Nada tienes que temer yendo en mi compañía, añadió para disipar sus temores.

La muchacha no insistió mas, y conversando amigablemente llegaron á San Isidro.

En las inmediaciones del barranco, y cerca del Arroyo, sentáronse ambos enamorados y la niña, y merendaron sin que la menor palabra de clemencia saliese de sus labios y fuera á turbar la tranquilidad de que al parecer disfrutaban.

—Mamá, flores... balbuceó la niña al ver algunas que esparcían el suelo en que á la sazón se hallaban.

La madre se levantó, dió algunos pasos, volviendo la espalda á Ginés y se inclinó para coger las flores esparcidas por la niña.

Entonces, el bárbaro amante, con una sangre fría sin ejemplo, sacó un revólver de reglamento de seis tiros que llevaba oculto en un bolsillo del pantalón, y disparó sobre Manuela dos proyectiles, uno de los cuales la atravesó de parte á parte, entrando por la espalda, y otro le quedó dentro del cuerpo.

La infeliz cogió á su hija en los brazos, y pálida, vaciante, comenzó á huir en dirección opuesta á la en que se encontraba el agresor.

Un guardia municipal que la vió correr, acoróse á ella en el momento en que, soltando á la niña, caía pesadamente al suelo bañada en sangre.

Nadie pudo ver al agresor, que desapareció con rapidez.

Entre tanto, la infeliz fué conducida á la Casa de Socorro establecida en la Pradera.

Los guardias buscaron al criminal por todas partes, registraron sin éxito una casita que hay en las cercanías, y regresaron ya, creyendo no encontrarle, cuando le vieron tendido en el suelo en medio de un campo sembrado de cebada.

Ginés Aranda había puesto fin á su vida disparándose un tiro en la sien derecha con el mismo revólver que le sirvió para herir á su amada, y cuyo proyectil había salido por el lado izquierdo de la cabeza.

Todo esto ocurrió desde las nueve y media hasta las diez y media de la noche.

Poco después se presentó en el lugar del suceso el señor juez de primera instancia del distrito del Centro, de guardia, D. Julian Gomez, acompañado del escribano Sr. Revilla, y posteriormente otras autoridades.

Manuela Zardain Perez se hallaba esta madrugada con pocas esperanzas de vida.

Estos son los detalles que hemos podido adquirir respecto á tan espantoso drama.

Telegramas.

(DE LA AGENCIA FABRA.)

París 19.—Cámara de los diputados.—Se apenaba un proyecto de ley autorizando al ministro de la Guerra á ceder gratuitamente para la expedición de Brazza, en

el Congo 100.000 fusiles de chispa y de otros antiguos sistemas.

El Presidente del Consejo de ministros, hablando sobre el particular, dice que este regalo tiene un carácter mas pacífico que belicoso, pues las armas de fuego constituyen la moneda corriente en el centro de África.

La comisión del Senado que entiende en la cuestión del Tonkin es por completo favorable al proyecto. Esto no obstante, algunos individuos de la comisión han hecho reservas acerca de las atribuciones que se conceden á las autoridades civiles.

Télex 30.—La noche última ha ocurrido un encuentro entre la policía y una banda de saltadores, resultando varios gendarmes heridos.

Hoy se han reunido los Consejos extranjeros para discutir las medidas que deben adoptarse contra los malhechores, decidiendo que la policía local faltó á sus deberes no arrestando á los bandidos, reduciéndolos á prisión sin distinción de nacionalidades, y dando inmediatamente cuenta á las autoridades competentes.

Nueva-York 20.—Un telegrama de Haití dice que los rebeldes batieron á las tropas del gobierno en varios encuentros, y que la insurrección va tomando alarmantes proporciones, extendiéndose por todo el territorio de la república.

SECCION DE NOTICIAS.

Esta noche á las nueve se verificará en la primera Casa Consistorial la prueba de dos aparatos de la iluminación grande, que quedaron colocados ayer.

Los vecinos de la calle de la Florida se quejan de la falta de policía que desde hace tiempo se nota en aquel barrio, y que es causa de graves enfermedades.

En la elección parcial de diputados verificada ayer en Madrid salió elegido el candidato constitucional señor Guardamino.

Ayer han empezado á funcionar en toda España los coches celulares para la conducción de penados y presos.

Acababan de dar las cinco y cuarto, cuando ayer se puso en marcha el carro fúnebre que conducía los restos mortales del señor marqués de Orovisio.

Iban aquellos encerrados en una elegante caja de bronce de Viena, sobre la cual se veían el manto de Carlos III y las banderas de la Legión de Honor y Cristo de Portugal.

Detrás del féretro, cuyas cintas llevaban los señores Romero Robledo, marqués de Fuenteil y de la Torre, y los Sres. Villaverde y conde de Puñonrostro, seguían á pie multitud de hombres políticos de diversas procedencias, entre los cuales hemos visto á los Sres. Canovas del Castillo, marqués del Pazo de la Merced, Peñayo Cuesta, Bugayal, Rodríguez Arias, Zarco del Valle, primer introductor de embajadores, marqués de Alcañices, Molins y San Carlos, duques de Kivas y del Infantado y otros muchos.

Además de la carroza de gala y tres coches del Senado, en los cuales iba la comisión de la Alta Cámara, seguían á la comitiva unos cien carruajes particulares.

Ayer ocurrieron en Madrid las novedades siguientes:

A las once y cuarto de la mañana se hallaban trabajando en el alcantarillado de la calle Real, frente á la fábrica de Sanfort, tres individuos llamados Pascual María Cueva, Vicenta Lopez Gonzalez y Domingo Tirado, pecceros de oficio, cuando reventó un pozo de inundación colindante y los tres obreros quedaron enterrados.

Inmediatamente acudió al lugar de la ocurrencia gran número de personas, y un individuo llamado Benito Landeiro que habita en la calle de Segovia, número 20, piso principal, se apresuró á bajar valiéndose de una cuerda y consiguió extraer con vida á los dos primeros y cadáver al Domingo.

Los facultativos de la Casa de Socorro del distrito del Hospicio prestaron á aquellos los auxilios que su estado requería.

El juzgado de guardia se presentó en el lugar del suceso y dispuso el levantamiento del cadáver á las tres y cuarto de la tarde.

—A un caballero que esperaba en la Puerta del Sol á uno de los tranvías del Norte, le robaron un magnífico reloj de oro con quince rubíes.

El caso no ha sido habido.

—Tres individuos entraron en el café de San Millán, y después de hacer 51 reales de gasto, se negaron á pagarlos. Uno de ellos fué detenido.

—A las cuatro de la tarde, un tranvía de Leganés atropelló en la Plaza Mayor á una mujer llamada Angela Cuadrillero Mendez, y la causó una herida en la sien izquierda.

—En la plaza del Dos de Mayo, un perro mordió á un sujeto, y le produjo una herida en el brazo izquierdo.

—Un hombre y una mujer robaron varias prendas de ropa en la plaza de Santo Domingo, núm. 4, bohardilla. Ambos fueron presos.

—En las inmediaciones de la Plaza de Toros fueron detenidos tres revendedores de billetes.

—A las cuatro y media de la tarde, y al subir á un ómnibus para dirigirse á la Plaza de Toros, le robaron á un caballero un magnífico reloj de oro y brillantes, valuado en 2.000 pesetas.

El autor del hecho no ha sido habido.

—En el campillo de Gilman rieron dos sujetos, y uno de ellos ocasionó al otro una herida en la cara y una contusión en la pierna derecha; en la plaza del Crimen disputaron dos individuos, y uno de ellos resultó herido en el cuello; una joven tuvo una cuestión con su novio en la calle de Hortaleza, y ella salió herida en la cara.

La temperatura máxima del aire á la sombra fué ayer en Madrid, de 29° y la mínima de 12°.

En provincias osciló entre 31° en Valencia, y 14° en San Sebastián.

Según los partes recibidos, ayer llovió en Avila, Castellón, Leon, Segovia y Valladolid.

La Gaceta de hoy contiene la disposición siguiente:

Gobernación.—Real orden resolviendo el expediente promovido por D. Pablo Simón sobre que se declare evento del servicio militar á su hijo legítimo Marcelino Jimenez, como comprendido en el caso 3.º, art. 3.º, de la ley de 21 de julio de 1876.

Hoy saldrá para Illescas la comisión de periodistas españoles encargada de recibir á los representantes de la prensa portuguesa.

Las noticias telegráficas recibidas anoche acusan el triunfo del Sr. Ruiz Martínez frente al señor conde de Niebla, en la elección para diputado á Cortes que se verificó ayer en Medina-Sidonia.

TOROS.

CORRIDA 8.ª DE ABRIL.—20 DE MAYO DE 1883.

Que no he muerto en el ovatio (como er Demostele dijo) de espanto al recordar la corrida que mus dieron, der botijo der Santo.

Apina, con mucha escama, esja uno é mi tierra (de moros):

—«¿Mus darán otra camama?» Yo dije: «Los Concha y Sierra son toros».

Tan guapos que dan envidia á cualquier mitor ruso de afuera;

nobles, si es güena la lidia; pa er toro que está en eso no hay fiera.

Si alguna pega, ¡qué buya! de seguia hay un piquero difunto.

Otro se piensa que es suya la mitor der compañero de punto.

Hay quien, con percal en mano, pa t rár á las reses (de pica):

este un capote á Medrano para ver si para los pises er chico.

Banderiyeros prunto que salen, no pa er cuarteo, pa er corte;

y asin los disen las gente: —«¿Van ostis por er correo der Norte?»

Güeno es guardar los fondiyos y evitar una cogia los diestros;

pero pa clavar paliyos sa maestros geometría, maestros?

Luego, que tiene tambien su regia ca mator que buya:

si en un toro está mu bien en otro está mu peor; no faya.

Der público no igo ná; dió ayer Manuel un sablazo; las armas

de aquella universid premiaron er goyetao con parramas.

Pero desarman las fiera á los diestros; vengán gritos, insurios;

entran á matar de vera cojen güeno y vayan pitos inurios.

Se va apurando la casta de toros y afisionaos; de moo,

que como siga Sagasta y demás confusionalos, que se nos acaba too.

Abierto estaba er porton y no asomaba la gente, y eran ya las cuatro y kilo y ya sirbaba la pebre.

—Eso es que no está la dama, desian unas mujere de coló de chocolate,

vestias de grana y verde.

A la fin resonó er figle y pones y ginetes

jueron entrando en el ruedo ar compás de un paso escuestre.

Terminados los preliminares de costumbre y colocados Juan Rodríguez (el de los gayos), nuevo en esta

larrasía, y José Calderon, asomo la cuerna y después el rostro (citarlo), primero de los seis toros de la vaca de D. Fernando Concha y Sierra, naturales de Sevilla, y con divisa blanca, negra y plomo.

Usaba americana de color castaño, giron, albardao, lucero, bien armao y vizeo del izquierdo.

Empezó Juanito Molina recortando.

Tapó de salida el toro, se fué creciendo al castigo y aguantó dos puyas de Juan de los Gayos, que volvió en el mismo rostro de Güeno y perdió un capido con polison.

Rafael metió el manto y le dejó en los pitones de la fiera.

(Parramas impariale.)

Cuadern parramas tres veces, se acostó en una y se desfogó de un jaco de diez contos de reis.

Al quite Rafael.

Matascan arrimo un puyazo, se desprendió y quedó huérano sevill del potro.

De seguia se retiró á la enfermería con una luxación completa de la articulación escapulo-humeral izquierda.

«¿Ve-Maria paraisimal! y qué etimología tienen algunas enfermedades!»

Pero asina lo ise el doctor D. José María Gonzalez Aguinaza.

Canales picó una vez, y quedó en pié.

Al quite Manuel Molina.

Por esta época entró Rafael en el ruedo.

El animal de puntas, algo incierto en palos, llegó lo mismo á la muerte.

Juan Molina cogió un par de sarisios bueno á toro para, y á luego tiró un palo al morrillo, cuarteando.

Manene salió una vez sin novés, y después clavó un puy á cuarteo y otro á media vuelta.

Los chicos vestían de morao con plata, y Rafael de azul oscuro, tambien con plata.

Tomó los avies cuando lo dispuso el Sr. D. Félix Villacorta, que funcionaba de presidente municipal.

Cuatro pases y medio con la izquierda, por alto, nueve con la derecha y un cambio, empies Rafael, habiendo cambiado de mulata después del cuarto pase, por mor de viento, y tomando la de abrigio.

Muy doblado estuvo el maestro pasando á la res, que no traía ni un mardo, siquiera.

Media estocada delantera á volapié y una tendida en tablas, á paso de banderillas y escupiendo el diestro, mas un descabello á la primera; todo esto fué la ejecución.

Parramas der Santo y argunos pitos indígenas.

—Papé—desia un nene á un cabayero que le acompañaba en la grada—¿puen entraráqui los toros?

Y er padre le respondió: —Si, hijo mio, pero aquí vienen con funda.

Desolter, que era el toro segundo, corria por el ruedo, porque era muy corredor.

Negro mulato, largo de cuerna, de bonita lámina y fino.

Voluntario y duro de cabeza, pero sin recargar.

Pues si hubiera recargao, ¿qué es lo que hubiera pasao?

José Calderon cayó dos veces de cabeza, en cuatro puyazos, uno de ellos marrando. Le costaron dos jacas y una contusión de la articulación escapulo-humeral derecha.

«¿Yá va eso.»

Er segundo cabayo le atrepayó, le derribó y le picó. José se retiró á la enfermería. Juan Rodríguez pinchó tres veces; cayó en una á pié; en otra, sobre los hombros de Desolter y rodando, rodando, al otro lado de la res; otra vez voró al natural.

Juan dejó incustro un potro en la arena.

Canales pinchó dos veces, una de ellas marrando; cayó en las dos, una vez al descubierta: el toro se fué solo, como en otra caída de Juan de los Gayos.

Curro perdió el percal una vez, Peco Sanchez otra. Julian había recortao de sala á la fiera.

Mandó el presidente tocar á palos, y algunos señores le pitaron y otros le tocaron las parramas.

Diferencias pulíticas.

Ganando terreno, con muchos plis y algun sentido estuvo Desolter en palos y muerte.

Entre Julian y el Hipólito adornaron al toro con un par bueno al cuarteo, y otro de sobaquiyo pa abajo, y jala las orejas, uno de los chicos, y con un buen par al cuarteo y un palo á media vuelta, el otro.

Vestían los niños de azul con negro, y de tabaco y plata respectivamente.

En un derrote de la fiera fué el manto de Julian al sexto piso.

Currito, que vestía el terno color de naranja con plata, sufrió un desarme y una colá en los diez y seis pases y dos cambios desordenados que dió á la res.

Pinchó después á volapié, tirándose bien, y cogió el palo de una banderilla; luego soltó media estocada á paso de banderillas gorgoleando la fila, y resultó caída la estocá; y terminó con una corta en igual suerte escupiendo; resultó caída y ladeada.

Silencio en la asamblea.

El animal se acostó, y se levantó tres veces.

La puntilla al primer golpe.

Voluntad y cabeza tenía el tercer toro de los ya difuntos, pero se doió al castigo de la chendarmería montá.

Donde que le anunciaron por nombre Lagartijo, dijo toa la gente:

—Eso es un fratistidio, si le mata Manolo, hermano, no der bieho.

El Lagartijo de puntas era negro mulato, listoa; muy corredor y mas largo de cuernos que la luna é miel, que disen.

Tres veces le pinchó Juan de los Gayos, rompiendo palo en la primera, que castigó al animal, y rajando por lo bajo en otra; quedó en pié en una y perdió una potranca de cria.

Canales, que reemplazaba á José Calderon que había ido á la enfermería en el otro auto der drama, picó tres veces, y quedó sin una jaca de papé secante que le revaba cabayero á la romería.

Quizé tiró un palo al cuarteo cuando yegó la hora de banderillas, y clavó un par desigual tambien cuarteando y cayendo delante de la fiera, que afortunadamente no hizo por el chico.

El Torerito prendió un par al cuarteo entrando á ley, que le valió parramas.

Vestían los muchachos de color tortola con oro é primero, y de morao con plata el otro.

Quizé estaba ayer nombrao sobresaliente de matao.

El toro fué noble en palos y en muerte.

Manuel Molina, vestido de azul con oro, remató el faena con un goletazo sin soltar.

La brega fué como pa distraer á los niños foras toro.

Ocho pases, vamos al decir, por alto con la izquierda, dos con la derecha, y un cambio en mocha suerta

Pues la aision campesina aplaudió á Manuel Molina.

El cuarto era Cigarro, y á luego cambio de ofisto, se piso toro de puntas,

y ar cubo murrió corrio.

Usaba el pelo cárdeno, salpicao, con bragas, y ra bon (por mor de un disgusto), de hermosa lámina grande, careto y abierto de cuernas.

Bravo, y muy duro y de cabeza arremetió tres veces con Canales, tres con el de los Gayos y tres con Trigo; el primero se desprendió dos veces, una de ella en la cabeza de la res. Rafael al quite, bueno.

Juan quedó de á pié una vez y Trigo otra. Curro los quites.

Cada qual de los dos últimos ginetes se desprendió de una jaca de punto.

El señor Villacorta mandó cambiar la snerte, y escuchó una de pitos, alarmante.

Manene cogió un palo y luego un par, todo cuarteando y llegando bien á la cara.

Juan salió cuatro veces pa diferentes provincias, después clavó un palo en un cost

INDEX

zo, y que pasaron totalmente inadvertidas antes de que el autor de las *Bergon-Meurt* desarrollara, ni tal vez entreviese su sistema literario, pertenecían á su primera época.

Lo que los pobrecitos cazadores *impendentes* de España desearían saber, es, si en el archipiélago de las Molucas, y en algunos de los otros archipiélagos de la

pareciera un manjar delicioso las mejillas y las palmas de las manos de sus prisioneros de guerra? Pero ¿a su vez, los europeos, con el pretexto de ser mas ilustrados, y con el aim de infundir su ilustracion por el mundo, se matan ellos en las de las bombas, y se arrojan

(4) Formas en adelante como en 4.^a mayor, cuya portada dice al efecto sobre la propiedad territorial de Galicia y de Pádua, sus orígenes, su historia, sus condiciones.—Memoria premiada en el certamen literario celebrado en Perito.

Manuel Murguía — Madrid

© *Biblioteca Nacional de España*

años que la creación del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios daría entre nosotros, cuando menos, los frutos que en Francia, sufrieron el mas triste de los desen- gaños.

Fue preciso que un escritor que, si bien ocupó los primeros puestos en dicho cuerpo hoy se halla separado de él, el autor de la *Historia de Galicia*, del *Diccionario de escritores gallegos*, único que se conoce, de *El arte en Santiago en el siglo XVIII*, cuya importancia sólo pueden apreciar los hijos de Galicia que hayan querido penetrar en las tinieblas del pasado de aquel país sin historia ni historiadores y de otros innumerables trabajos históricos y literarios: fué necesario que diese los primeros y mas grandes pasos en esta clase de estudios con la publicación del notable volumen que, bajo el modesto título de *El foro, sus orígenes, su historia, sus condiciones*, contenga la historia de la propiedad y de las clases serviles y agrícolas en las cuatro provincias de Galicia y antiguo reino de León.

Ya lo hemos dicho. La historia de la propiedad en España es casi por completo desconocida, así como también la de las clases agrícolas. Apenas si el señor Muñoz acierta á decirnos algo respecto á las clases serviles, cayendo en errores que ya notó el ilustre escritor portugués Herculano y de paso desvanece en su libro el Sr. Murguía, lo cual no obsta para que los reproducidos de nuevo la Revista del cuerpo de Archiveros. Todo lo que sobre el asunto conocemos, se reduce al libro del Sr. Cárdenas, en el cual se habla del foro con mas que escasos datos para conocerlo. No es de extrañar, pues, por lo tanto, que el escritor francés Garsonnet, en su *Historia de la agricultura portuguesa*, siguiendo por completo á nuestro autor, haga mas común y notado su error.

Por fortuna, el libro del Sr. Murguía viene á poner en su punto las cosas. A partir de su trabajo, no sólo se abre una nueva era para las discutidas cuestiones entre nosotros inexploradas, relativas al estado del hombre y de la propiedad en los tiempos medios, sino que á lo adelante no será fácil prescindir de lo dicho por este autor, ni menos repetir las vulgaridades que al presente corren acreditadas entre los que creen entender algo de estas cosas en España.

Y que esto es así, y que las tales vulgaridades no andan solamente en boca de lo que por vulgo suele entenderse, lo prueba desgraciadamente el hecho reciente é inconcebible de que un ministro gallego, contestando á un diputado andaluz que pedía fuese útil la desamortización á las clases proletarias de Andalucía creyéndose pequeñas propiedades, dijese en pleno Parlamento y sin temor á que se descubriese el desconocimiento en que tiene las cosas de su país, que el mas grave mal de Galicia está en la división de la propiedad. Si esto se afirma por labios que debieran ser autorizados, ¿qué queda para los que no se llaman estadistas, no gozan fama de ser entendidos en Hacienda, no conocen las modernas teorías económicas sobre el pequeño cultivo, ni han leído siquiera á Volney, ni son hijos de Galicia y por lo tanto no han visto de cerca sus asuntos?

Cuando tales cosas se oyen, cuando se piensa en que tales palabras debieran llegar al corazón de Galicia diciéndole lo que puede esperar de sus hombres afortunados á quienes el azar encumbra á los primeros puestos, se encuentra fácil la disculpa para otros errores que corrieron muy autorizados por los mismos juristas consultos del país. Equiparar el foro á la enfiteusis, sostener que el precio de la tierra dada al forero era insignificante, defender por un mal entendido patriotismo el *statu quo* y otras opiniones tan equivocadas como estas, en nada afectaban, después de todo, á las relaciones jurídicas actuales de la tierra. Cuando mas, todo el mal consistió en retardar su emancipación.

El Sr. Murguía, remontándose á los orígenes del foro, demuestra concluyentemente que este modo de poseer arranca de instituciones anteriores á la influencia romana en nuestro derecho. Su estudio sobre las antiguas jurisdicciones de las celtas y de los suevos es enteramente nuevo y de tal dificultad, que hasta ahora apenas se había dicho una palabra sobre el asunto. Partiendo de estas fuentes, viene á encontrar en los tiempos medios y en el nacimiento del feudalismo la institución del foro bajo la forma de tributo, la libertad personal del individuo y la aparición del concejo. Nada mas curioso que el proceso seguido paso á paso como extraordinaria clarividencia por el Sr. Murguía de la transformación del foro de tributo en renta. No nos permitamos la indolencia de este artículo seguir de cerca al historiador en este difícilísimo trabajo; sólo si diremos que en él se prueba, contra lo que hasta ahora era tenido como verdad inconcusa, que las clases serviles no existieron en Galicia sino como una importación extranjera al modo de ser jurídico de este pueblo.

Uno de los grandes méritos que avaloran la obra del Sr. Murguía, es que apenas cita un hecho ni se funda en caso alguno que no compruebe con los correspondientes documentos justificativos. Así da á conocer la índole de los foros generales y sus diferencias de los particulares; así estudia la trascendental evolución del foro en el siglo XIV, que produjo el tristísimo conditio siglos después, cuando los despojos vinieron á demostrar las funestas consecuencias de torcer el derecho y la costumbre, transformando la perpetuidad, en foro, según la conveniencia del directo; así demuestra lo que el canon estipulado en la mayoría de los casos, y así, en una palabra, deshace antiguos errores y descubre nuevos aspectos en la historia de la propiedad gallega.

Respecto al espíritu de esta obra, podemos decir que nunca un mas vivo sentimiento de compasión y de amor hacia nuestras clases trabajadoras, nunca mayor interés ni mas ardientes deseos por su emancipación han palpitado en las páginas de un libro. Frente al problema actual de la propiedad en Galicia pone en la balanza todo un pasado de amarguras y privaciones, para que se incline, como el ánimo del autor, hacia el débil. No hace mas que indicar la solución que hoy se necesita; pero desde luego aconseja la reorganización del foro. En realidad, fuera de desear que un capítulo mas expusiera la cuestión actual sobre la redención del foro, tanto mas, cuanto que se ve que el autor tiene opiniones decisivas sobre el asunto. No ha querido salir de los límites que se había señalado, y verdaderamente no se necesita mas para que los hombres llamados á efectuar la reforma tengan segura guía que les encamine á lo mas útil y provechoso para un país sobre el cual pesan tantas y tan grandes injusticias.

La obra del Sr. Murguía puede ser mas ó menos digna de aprecio, aunque siempre interesante en el resto de España, pero para Galicia será siempre su primer libro. Tardarse en comprenderlo así, y este es su verdadero triunfo, pero cuando se conozca su importancia, cuando se eche de ver su verdadera trascendencia, no se dudará un momento en reconocer en su autor un gran conocimiento é instinto del pasado, un gran sentido político, nobles miras y generosos propósitos que apenas se perciben, pero que están latentes en todos los capítulos de su obra.

CAMILO PLACER.

LA LEYENDA DE LA NIEBLA.

(CUENTO NORUEGO)

A lo lejos, colocados en semiofroulo, destacan su ne- figura los montes Ki len, cuyas atrevidas y capricho- sas formas, veladas por la niebla, son origen en la Es- candinavia de tantas supersticiones, fábulas y conse- jas. Sierras rocosas de rápida pendiente á quienes ha regido la nieve una eterna caperuzca blanca, semejan á

la luz de la luna el coro de gigantes que hablan las tradiciones noruegas, petrificados por sus culpas y sus crímenes en el momento mismo de elevar al cielo, puestos de rodillas, su primera plegaria implorando perdón.

Las selvas de pinos que, á manera de atardecipela- tónica, cubren sus formas angulosas; se prolongan de un lado por el llano y se recogen del otro todas há- cia el centro al fondo de un valle amontonadas en re- pliegues gigantes.

Escondido entre ellos sobre la orilla del lago donde, según la conseja, cae y se reune el llozo de arrependi- miento de aquellos colosos, al fundirse la nieve que corona sus cimas, sobre la falda del monte mas alto se descubre un castillo de mármol blanco, y en la plata- forma de su torre central se destaca, envuelta en blan- quísima túnica de armiño, la figura de una mujer.

Es la hija del rey, la princesa Ofelia, que inclina afanosa sobre una de las almenas el cuerpo y mira con interesada atención al fondo del valle, esperando ver brillar entre sus sombras la armadura de su amante, el bandido Cristian.

La historia de sus amores es muy breve y muy triste. Ella presidia por su rango y su hermosura los tor- neos: él era un noble sin fortuna que entraba siempre en ellos con la visera baja como un aventurero, y mer- ced á su valor y su destreza, salía siempre también con ella alzada en medio de los himnos del vencedor. Un día quiso el rey, en su ambición, casar á su hija con el príncipe de un reino cercano; negóse ella, confesando sus amores con el aventurero: por merecer su mano quiso el príncipe pretendiente mostrar públicamente su fuerza y su valor, y en unas justas recibió la muerte de mano de Cristian. Entonces la princesa noruega fué encerrada en prisiones por su padre y enviada á un castillo lejano, y el aventurero se hizo bandido, cosa nada rara entonces en que, al nacer la nobleza, se dife- renciaban tan poco de los bandideros los nobles, y fué á ocultarse en aquellas selvas, de cuya espesura salía en las noches de luna para acercarse al castillo y con- templar á la mujer amada y elevar hasta ella las notas apasionadas de su land, que repetían, formando una melodía tristeísima, vaga y cadenciosa, los ecos de la montaña.

Y era tan puro su amor, en aquella tierra donde la naturaleza convivia á la ciudad con sus rigores, que llegaron al fin á darse ambos por satisfechos y felices con aquellas entrevistas á distancia, y complacidos en su inocente y lo a-rara, pasaban llenos de impacien- cia los días, esperando la tarde, cual si hubiera de sa- grarla su primer noche de bodas.

Así que en las noches serenas y claras, aquel valle, apartado de Noruega, semejaba un templo, el cielo su bóveda, el castillo su altar, lámpara sagrada la luna, y la princesa, imagen que, á manera de deidad piadosa, devolvía con creces de inefable carino el culto que le dedicaba su amante al elevar hasta ella, cual sencilla plegaria, sus miradas.

Era el culto idólatra de la naturaleza, en su expresi- ón mas ideal y mas pura, tan sublime y casto como el que en el rincón mas oscuro de un monasterio, sola y extenuada por penitencias y ayunos, pudiera elevar al cielo una virgen del Señor.

Mas dura poco la felicidad aunque sea fingida, y no fué larga por cierto la de los dos amantes.

Era el mancebo apuesto, gentil y hermoso cual nunca había la luna alumbrado á ningún hombre en la tierra.

Y la reina de la noche, caprichosa como todas las reinas, que al mirarse en el espejo del lago se encon- traba de una belleza, aunque algo ajada y pálida, muy superior á la necesaria para ser medianera, olvidándo- se de su edad y su condición de señora mayor, llegó á cansarse de alamburar en sus entrevistas al galán tan hermoso como poco cortés que ni siquiera por agra- decimiento fijaba una vez en ella sus rasgados ojos azules ni se dignaba dirigirle una mirada.

Y no paró en vanos alaridos de amor propio el enojo que sintió la diosa Diana de la Mitología griega, sino que avivado por el desden, que es siempre levadura de amor con las señoras, fué creciendo, creciendo hasta convertirse en simpatía por el mancebo, y en cariño y en loco frenesí, y exagerada su pasión, como lo suelen ser las de las viejas, llegó á dominarla de tal modo, que apenas el sol la entregaba las llaves del reino de las sombras, cuando disipando con presteza las nubes, en- viaba sus rayos á buscar á su amado, y una vez descu- bierto en lo mas espeso de los pinares, concentraba en él su luz como en un foco, rodeándole de una aureola luminosa que por todas partes le seguía.

Y era de ver qué encendida y casi roja salía por la tarde, anhelosa y jadeante por el rubor y el deseo de llegar á ver pronto al galán á quien quería con el mis- mo cariño loco que á los pajeos de entonces acor- diaban las nobles castellanas; y qué triste, pálida, ver- dosa y llena de manchas se retiraba luego á la mañana siguiente, mas no había en la amante continuada faena de enviarse besos á cientos en el vibrar de sus rayos.

Pronto advirtió Cristian la milagrosa y sobrenatu- ral ráfaga de luz que le envolvía, y adivinó su causa, que, á no haberse notado su natural instinto de buen mozo, hubiérase avisado de ello el llanto de Ofelia y sus muestras de dolor.

Esa supersticiosa, cual buena hija del Norte, ob- servando desde lo alto de la torre como los rayos de la luna se hacían fosforescentes al concentrarse en Cristian, permitiendo descubrirle desde muy lejos, sintió primero la satisfacción que toda mujer goza al ver dis- tinguido por otras á su amante, y luego los celos y el estado que les causa siempre esta distinción prolonga- da, y llegó al fin á sufrir tanto con el asedio de que hacia objeto á su novio la diosa de la noche de las leyendas germanas, que tomando, al calor de su rabia infantil, forma y cuerpo en su mente la idea de su rival odiada, se la imaginaba, por vengarse, como una vieja de cara huesosa y juanetada, repugnante y fea cual nunca pudieran sospechar los griegos que llegara á fingirse nadie á su diosa Diana, la enamorada eterna de Eudimón dormido.

Y pasaba los días llorando en el camarín de la alti- sima torre que le servía de cárcel, y al llegar la noche, en su deshecho de niña mimada, deseaba que fuese muy oscura y oscura, por quitar á la luna, si quier fuera á costa de la propia, el besar con su luz el rostro y abrazar con sus rayos el moribundo cuerpo de su amado.

Pero nunca falta una enamorada á la cita, aunque á sufrir vaya, y ni la luna dejaba nunca de aparecer en Oriente, ni la pobre cautiva dejaba de subir á la terraza del castillo, y era tal su estado de exacerbadísima y lo- cura, que si alguna vez apartaba la vista del bandido, siempre iba contemplándola desde las rocas mas altas, era para enviar á su rival una mirada en que iba junta con el odio de los celos la gratitud por la luz que en- viaba para dejárselo ver.

No duró mucho tiempo esta situación. La luna, con sus imprudencias, dió lugar á que el hecho milagroso se conociera y comentara en toda la comarca, y los paisanos se enterasen por él de que vivía en la monta- ña un bandido, y los soldados guardadores del castillo de que le rondaba por la noche un enamorado tro- vador.

Y desconfiando éstos de su fuerza para resistir á quien creían asistido del don de milagros, abandonaron un día el castillo formados en apretado escuadrón, en cuyo centro, sobre una hacanea blanca, iba la prin- cesa, su señora.

Y sucedió que acelerando el viaje, llegaron al fin á la corte del rey.

En pos de los soldados, siguiendo sus huellas, en-

vuelto en la nube de polvo que dejaban sus corceles, llegó también á la corte Cristian, el bandido; pero las puertas cerradas de la ciudad le impidieron el paso y hubo de quedar fuera, errante y solo al vé de los mu- ros, contemplándolos con amenazante mirada.

Nadie se atrevió á salir á perseguirle. Lejos de ello, al llegar la noche vió con sorpresa que salía á coronar los muros inmensa muchedumbre armada.

Guibala el temor á un asalto, á la par que el deseo y curiosidad por ver el extraño efecto de luz que me- drosos y llenos de espanto habían referido los soldados que dieron escolta y guardia á la princesa.

Pronto sus aspiraciones se vieron cumplidas: no tardó en salir la luna á festejar al mancebo con sus ca- ricias de luz, y cuando éste, aprovechándose de la no- che, se fué acercando á la muralla, fuéronse retirando muertos de miedo por creerle un ser sobrenatural, hijo de Odino, los defensores de la ciudad.

Han pasado tres lunas y cambiado por completo las cosas.

El palacio del rey está de gala y de fiesta. Van á celebrarse las bodas de la princesa Ofelia con el ya muy lustre y muy noble caballero Cristian, á quien el rey ha colmado de honores y concedido la mano de su hija, ganoso de atraer sobre el reino el favor de los dioses y los astros que de modo tan visible le dis- tinguen.

A medida que se ha ido aproximando el día de la boda, la luna ha palidecido, apagado su brillo que an- tes alegraba las valles.

Se ha ocultado tres veces por no ver su desgracia, mostrando su pena en su faz menguada, hecha larra por el dolor, y ya oculta se ha deshecho en lloro y dejado caer sobre la tierra sus lágrimas de celos en forma de lluvias copiosas, y luego de desahogarse con el llanto ha vuelto á crearse y á subir lentamente animada por el calor que la prestara su buen padre, el Sol.

Todo es en vano. Ya no ve al galán que antes pasa- ba en despididos las noches y ahora vive en un ala del palacio real y emplea sus horas en dulces coloquios con su prometida.

Esta, que no es *terda*, como mujer celosa tiene buen cuidado de no dejar á su novio asomarse á las ventana- nas, y de guardarlas por sí misma á macha martillo ape- nas anochece, no sin lanzar, al hacerlo, de reojo á la senora luna miradas mas llenas de compasión que de venganza.

Y todo esto ha ido colmando la medida de la pa- ciente y resignación de la augusta reina de la noche, y concentrado su ira y hecho hervir los celos en su pecho, en términos de que los días próximos á la boda comenzó á estar revuelto su reino de los cielos y á ser frecuentes los chubascos y las tronadas, y unas noches se mostraba ella en todo su esplendor, concen- trando sus rayos en el palacio cual si quisiera incen- diarylo, y otras como fleona herida que hunde la cabeza en la melena del león, escondía su rostro encendido entre montones de nubes, pidiéndolas consuelo y ven- ganza.

El día de la boda mostraba la luna su faz blanca, cadavérica, sin luz ni brillo sobre el horizonte enfrente del sol. Parecía meditar un crimen.

¡Ah! Si entonces se hubiese conocido el vitriolo!... Mas en aquel tiempo, ni le vendían los drogeros, ni le empleaban, por tanto, las doncellas para ha- cerse amar, ni menos había Jurado que las absolviese.

Pero aunque les haya faltado drogas y Jurados galantes, han solido coincidir siempre las damas en pensamientos malos y en ingenio para realizarlos.

Y la luna, reina por derecho divino de los cielos, que tiene á los elementos por vasallos y les marca lí- neas de conducta, dándoles la orden de la plaza en cada uno de sus cuartos y sus fases, despachó al céfiro, su edecán, ligero, sutil é invisible, con el santo y seña é instrucciones reservadas para los cuatro puntos del horizonte.

Llegó la hora del matrimonio; abriéronse de par en par las puertas del palacio, y comenzó á salir la comi- tiva regia con direccion al templo. La muchedumbre se agolpaba á su paso.

Y apenas si se fijaba en la apretada fila de heraldos, escuderos, pajes, alconeros, soldados, músicos y no- bles, impaciente por el deseo de ver pronto á la feliz pareja, en quien iban á juntarse para bien del reino la riqueza y el poder de un rey, con la fortuna y el favor de los dioses.

Al fin aparecieron los novios, cogidos por la mano, en lo alto de la escalinata de mármol, y bajan pausada- mente has- á colocarse en una carroza tirada por doce caballos blancos, forrada de pieles de armiño, con el timón y las ruedas de plata.

La doncella, vestida de blanco, cubierta por ancho velo, cuyos pliegues de tul, al acariciar su rostro, se- mejaban pequeño torbellino de nieve girando en torno de una rosa, mas que hija de un rey parecía una diosa de las que moran á las orillas de los lagos del Norte y cruzan por fuego en las noches serenas la supercile helada, arrastrando su larguísima cavallera rubia para burlar al hielo que á su roce se funde, creyéndose he- rido por los rayos del sol.

El, en cambio, armado de lucientes armas, cubierto de vistosa damática, haciendo temblar el mármol de la escalinata con sus pasos y notar sus movimientos por el gruñir del acero, sólo podía parecer un hijo de los hombres y representar á la tierra con sus poderosos elementos, su fuerza, su fuego interno y su dureza de roca.

El pueblo y el rey trocaban, sin embargo, los pa- peles, llamándose *hijo del cielo*.

Se engañaban al suponerle de tan buena familia. Como suele suceder en muchas bodas, en aquella sólo la novia sabía la verdad.

Pero la importaba bien poco, absorta como iba en gozar el placer de triunfo sobre su poderosa rival, y áun se alegraba mucho de que fuera un hombre como los demás, cuando al llevar cogida y estrechar su mano sentía palpar y hervir en ella la sangre con ardientes oleadas, y al buscar sus oscuras o-r- azules, cien veces mas bellos que el pálido azul del firmamento noruego, veía brillar la pasión y la vida en su ardiente mirar.

Y en verdad que era el galán soberanamente her- moso.

Su melena de color y reflejos, semejante al bronce, como muestra de interna firmeza, se escapaba en cor- tos y enortijados bucles por bajo de un capote de oro; la barba larga y sedosa venia á completar un dig- no marco para el rostro en cuyos trazos y hoyuelos sólo se dejaban adivinar nobles pasiones.

Bajo la sobrevesta bordada cruzaban las piezas de la coraza y delataban en su acompañamiento la respira- ción de un atleta, cuyo pecho, dilatándose al calor de un corazón fuerte y grande, hacia sin fatiga ceder á las curvas superficies del acero, y en sus movimientos, por la sobrevesta copiados, veíase palpar á veces lenta y á veces acelerada por el deseo, mas fuerte siempre en sus bríos que el hierro, la pasión que lo llevaba al altar.

La comitiva, puesta en marcha, salió de la ciudad y se dirigió á un templo, famoso por sus prodigios y milagros, que allí cercano había.

Y las gentes del pueblo, atropellándose en irresisti- bles vaivenes, marchaban también en torno y en pos de ella, formadas en inmenso cortejo, por aclamar á la no- via y festejarla, prorrumpían en gritos atronadores de noble, desahogada é incansable alegría.

Y el talito ruidoso de la muchedumbre que llenaba el espacio, impidió oír un ruido sordo que venia de lo alto, y el afán de no perder ni un detalle de lo que pa-

saba por la tierra, les quitó de ver á dos nubes, una negra y otra roja, que de un lado y de otro venían cerrando el horizonte, traídas por contrarios vientos.

De pronto miraron á los al cielo con asombro. La nube opaca, semejante á una losa de mármol negro, había cubierto el sol, dejándolo en completas tinie- blas, y enfrente la luna, livida, veridosa, contrahcho y alargado el rostro por satánica y callada sonrisa de venganza, brilló un momento, alentando y dirigiendo en su carrera de destrucción á la nube roja.

Esa avanzó veloz á chocar con la otra nube, y bri- lló un relámpago horrible, deslumbrante, espantoso, y bajó á la tierra en zig-zag certero un rayo asesino.

En los brazos de Ofelia cayó muerto Cristian. Retumbó luego, siempre tardío en sus avisos, el cielo con potente trueno, y cual lágrimas de cocodrilo comenzaron á caer sobre la tierra gruesas gotas de llu- via, señal de gozo ó de arrepentimiento que el astro criminal decramaba, y otros rayos y otros truenos en sucesión infernal llenaron el espacio, coreados por los gritos de espanto que daba la muchedumbre medrosa y loca al deramarse huyendo por el llano.

Y confundidos y revueltos en la fuga, iban en verti- ginosos carreras escueros, nobles, esclavos, alconeros, soldados, pajes, sacerdotes, heraldos, músicos y prin- cipes, todos los que formaban el cortejo.

Y también, después de vacilar un momento, enco- giéndose de hombros, al reconocerse impotente para luchar con el cielo, huyó el último de todos el padre de Ofelia, el rey.

En tanto, abandonada é inmóvil la carroza, sus doce corceles gigantes se arremolinaban caracoleando en torno, y lauzaban, enfurecidos por el miedo, relin- chos que ponían espanto. Sola y olvidada Ofelia, tré- mula, deshecha su lujuria, de pie sobre la carroza, intentaba en vano, enloquecida en amante congoja, volver á Cristian la vida con el halito puro, aunque ar- diente, de sus palabras y sus besos.

Entonces el huracán rasgó un girón en las nubes, y por el boquete, la luna, su señora, asomó la faz livida, vertiendo un rayo verdoso, y vino á besar con lascivo y repugnante deseo el rostro del mancebo muerto.

Volvióse Ofelia asustada y loca, y en su afán de huir, librando el tesoro precioso de su amor de aquel por- fido, torpe, cruel y criminal asedio, empuñó trémula, con la energía de un atleta, el látigo y el freno, y lanzó á la carrera por la cuenca de un valle los corceles, que partieron veloces, dejando atrás al huracán.

Pero fué todo en vano, porque el rayo de luna per- seguía por do quiera á la carroza y la envolvía en su luz cárdena con tenacidad infame, y bafiaba el rostro aún caliente del caballero....

Entonces Ofelia, en el último grado de exaltación, dejando de regir los corceles, que redoblaron, desbo- cados y sin guía, su correr, deshielo su tocado, arrancó en pedazos el velo blanco de desposada que á la mañana cuidadosamente se prendiera, y con su girones cubrió la cara al cadáver querido de Cristian.

Después, colocando en su falda aquella hermosa ca- beza, que el velo la impedía ver, comenzó á palparla y á acariciar las bronceadas melenas con sus dedos de nieve, en tanto que de sus ojos, azules como el cielo, caía sobre ellas ardiente lluvia de lágrimas, que bajaba á empaparse en las gasas confundida con la lluvia del firmamento.

Y sucedió que obedeciendo, cual á un conjuro má- gico, al deseo sentido con anhelo infinito por la deses- perada princesa, al calor de sus lágrimas se evaporaba la lluvia, y retenido el vapor en los girones del velo que flotaban al viento en la carrera, se fué formando una nebulilla trasparente al principio, y luego densa, pesada y opaca, y creciendo, creciendo, envolvió á la dama y al caballero, y creció luego mas y mas, como el dolor de que nacia, hasta ocultar por completo en su centro la carroza y librería en absoluto de la luna y de sus insensates rigores.

Y desde aquel día, en forma de protectora cubierta de gasas, húmeda como vapor de lágrimas quedó sobre la tierra la niebla, nube impalpable y blanquísima que se abate y arrastra por el suelo, ya precediendo, ya si- guiendo á la carroza, que, lanzada en eterna carrera, sigue su vertiginosa marcha por encima de los lagos de hielo, por las riberas de los rios y la cuenca de los torrentes.

Y allá va, allá va la princesa noruega, huyendo siempre al correr de sus incansables corceles, de la reina del cielo vengativa y poderosa, y procurando en sus celos ocultar con girones de niebla el tesoro que lleva en su falda.

Y si por acaso alguna vez al medio día aparta los tuiles blancos para extasiarse al ver inundado por la luz del sol el rostro de su amante, pronto, apenada y me- drosa, lo cubre al sentir que se aproxima la tarde y odia ella el dominio de su odiada rival. Entonces la niebla que el sol disipara vuelve y crece.

Y por eso es eterna la niebla en los valles noruegos, de cuyos pinos van quedando, acá y allá prendidos, girones del velo que lleva la princesa desposada; y por eso queda también en la mente de los campesinos, con esa forma vaga y nebulosa que se llama tradición, el recuerdo triste y sombrío del hecho misterioso que al amor de la lumbre, en las noches de invierno, reñe- ren las ancianas á sus nietas en forma de conseja.

Y cuando éstas, ya mozas, cruzan á la orilla de los lagos ó por la ribera de los rios, perdidas en la nie- bla, creen sentir en su vapor blanco y frío los húmedos girones del velo de la princesa, que les azotan el rostro al pasar, y á veces se paran un punto y escuchan so- brecogidas, porque sienten ó adivinan en el temblor de suel el galope veloz de los doce gigantes corceles blancos, y luego los ven cruzar allá á lo lejos, entre la neblina, ligeros como el rayo, llevando tras sí una car- roza, forrada de armiño, con el timón y las ruedas de plata.

J. J. GARCIA GOMEZ.

ALBUM DE UN LECTOR.

—¡Oh Desdémona, á quien beso y á quien voy á matar! ¡Mi ira es como la de Dios, que hiere donde mas ama!—Shakespeare.

—El crítico se pierde en Shakespeare como en una ciudad inmensa.—Taine.

—La conformidad es la felicidad de la desgracia.—Fernán-Caballero.

—El pulpo tiene los hábitos del filósofo sedentario; mas por desgracia, el filósofo no tiene los brazos del pulpo.—Salvador Larra.

El bucy.

(Traducción de Carlucci.)

Te amo piadoso bucy: porque me infundis del vigor y la paz el sentimiento. Tú dominas, cual grave monumento, en las praderas libres y fecundas.

Agil, del hombre la labor secundas, ante el yugo inclínate contento; tú respondes al cardo, en giro lento, con miradas pacientes y profundas.

Cual himno blando tu tenaz mugido, magnífica expansión de tu luzura, piérdese en el espacio indefinido.

Ansia respira tu nariz oscura, y cópiase en tu ojo humedecido la verde soledad de la llanura.

J. S.

Impi. de EL IMPARCIAL, á cargo de Diego Valero, Matas, 5